

RELATO BREVE:

**EL ESPÍA QUE SURGIÓ
DEL TABLERO.**

FERNANDO ORTEGA ANDRÉS.

MARKO ZELNIC

¿Qué fue lo que falló? Puede fallar mi técnica de finales, mi capacidad combinatoria, mi estrategia en el medio juego, pero ¿ser sorprendido en la apertura? No es posible. A mí, precisamente a mí, no. Es una pesadilla. Mi plan era perfecto. ¿Cuántas veces habrá dicho eso un derrotado ajedrecista? Pero esta vez no era un plan de juego. Era una obra de arte del espionaje ajedrecístico. La trampa perfecta. El montaje perfecto. La mascarada definitiva. El plan perfecto. Y yo, el cazador, he sido cazado. ¡Inaudito!

Me llamo Marko Zelnic, y como cientos de rusos, pese a mi ascendencia serbia, me apasiona el ajedrez. Es un rasgo cultural, algo que nos inculcan desde la cuna y nos hace,..., rusos. Sin embargo, pese a amar el noble arte con devoción, mi experiencia en el ajedrez competitivo era muy limitada. Hasta hacía bien poco, me dedicaba al ajedrez de café, tutelado por mi hermano, (un experimentado jugador, bajo mi punto de vista lamentablemente malogrado), hasta que ciertas desavenencias y divergencias de carácter separaron nuestros caminos. Desde entonces me sumergí en el mundo del ajedrez competitivo, y, más por necesidad que por gusto, recaí en el club de mi ciudad.

A nivel de aficionado, en el que yo me desenvolvía, lo habitual es que los jugadores más fuertes pulverizaran fácilmente a los inexpertos, si bien, es precisamente en esta esfera de rango medio, donde más hay que considerar aquello de “no hay enemigo pequeño”. Yo me proponía hacer valer esta segunda opción sobre lo previsible.

Sé lo que dicen de mí en el club. Dicen que Marko Zelnic, es un jugador mediocre con mucha suerte. Ilusos. ¡Cómo si existiese la suerte en el ajedrez! ¡Vaya estupidez! Mentar a la suerte en el juego menos aleatorio jamás creado por el intelecto humano. En realidad soy un estratega de salón al que no están acostumbrados a enfrentarse. Me aprovecho de una realidad indiscutible en el cuadro psicológico de la idiosincrasia ajedrecística: que el ego del ajedrecista es insaciable. No existe deportista con mayor ego. A ningún nivel.

Muchos experimentados jugadores del club, algunos con premios y distinciones de reconocido prestigio, no pueden aceptar que un advenedizo inexperto y novel como yo, haya alcanzado la final del Torneo Social del Club de Pioneros de la ciudad. Un joven muy alejado de los primeros lugares del ranking local, sin más experiencia competitiva que dos temporadas militando en segunda categoría (¡vaya cosa!), sin laureles ni batallas en prestigiosos torneos, sin trofeos ni premios de belleza, sin pasado, sin presente, y para ellos,

sin futuro. “¿Cómo diablos puede llegar a la final este mediocre si siempre le hemos derrotado en partidas de entrenamiento?”, murmuraban a mis espaldas. Era cierto. Había alcanzado la final para sorpresa de todos, porque no era precisamente un fuerte jugador de esos que como mínimo entablan y nunca pierden. Yo perdía muchas partidas. Muchísimas. La mayoría. En el club, las burlas y vilipendios hacia los derrotados eran habituales y en más de una ocasión, al inclinar mi rey, percibí evidentes y mal disimulados semblantes de desprecio al otro lado del tablero. Yo entendía que aquello formaba parte de las costumbres de los ajedrecistas en general, y de este club en particular, y no le otorgaba demasiada importancia. Hasta que un día, tras una dolorosa derrota, un comentario insultante referido a mi madre me hizo alimentar deseos de venganza, y comencé a urdir mi maquiavélico plan.

A cada insulto, a cada derrota, aumentaba mi odio, pero no dejaba de jugar con ellos. Yo procuraba no darme por enterado de sus pullas y sonreía retador, invitándoles a jugar conmigo partidas rápidas. Y ellos, recogían presurosos el guante, dispuestos a dar una lección al imberbe, a demostrarle lo que un veterano puede hacer frente a la deficiente técnica del principiante. Y me la daban. Paliza tras paliza, derrota tras derrota. Jugaban rápidamente las aperturas enseñándome cómo refutar mis “descuidados” o “intencionados” errores. Y se permitían darme consejos sobre las líneas que no debía jugar y cómo penetrar en el muro defensivo de las negras, y cómo desarrollar armónicamente las piezas, y cómo incrementar la ventaja de esta o aquella clavada, y cómo desmontar profilácticamente una ofensiva, y cómo volcar el ardiente infierno sobre el enroque enemigo, y cómo formar el erizo impenetrable,..., y bla, bla, bla. Y al acabar la jornada, después de decenas de cotejos y cientos de consejos, había perdido en casi todas las partidas. No me importaba.

Lo que no sabían mis adversarios es que, inmediatamente al llegar a casa, antes de olvidarlas, intentaba reproducir, anotar y copiar en mi ordenador la notación de todas las partidas jugadas. Era un esfuerzo descomunal, y debo confesar que muchas veces apenas alcanzaba a memorizar hasta la jugada diez o doce de un total de tres o cuatro partidas. Suficiente. El resultado es que a mediados del primer año tenía elaborada una extensa base de datos con las principales aperturas jugadas por los mejores jugadores del club. Incluía sus repertorios básicos, sus líneas preferentes, las ideas estratégicas que priorizaban y las posibles variantes más habituales. En algunos casos, hasta me atreví a anotar “combinaciones típicas” o esquemas de ataque predilectos. Algunos jugadores eran tremendamente previsibles, pero otros tenían un repertorio de aperturas mucho más amplio y profundo y, como era de esperar, éstos eran los jugadores más fuertes. Necesité otra media temporada para poder prever casi todas las líneas estadísticamente más jugadas por mis “compañeros” hasta el punto de poder anticipar las primeras diez jugadas de casi todas las partidas del club. En realidad, reduje mi

campo de estudio a diez jugadores. Me sentía suficientemente fuerte para vencer a los demás, porque no había descuidado mi propia formación, pero me sabía sensiblemente inferior en preparación teórica y experiencia en finales respecto a esos “diez intocables”. Y me propuse vencer a los intocables. Un plan a dos años vista, cuya primera fase, el conocimiento de los respectivos repertorios de mis adversarios, estaba ya finalizada. Dediqué dos largas semanas a “evaluarme”, y recorrí las mesas de juego declinando toda invitación, únicamente observando, ocupado exclusivamente en anticipar las jugadas que en cada turno de juego correspondía efectuar a cada uno de mis diez elegidos. El resultado fue más que satisfactorio: conocía profundamente, cómo jugaban las aperturas.

Mucho más laborioso fue el segundo periodo de preparación. El objetivo era estudiar y preparar, para cada adversario, para cada apertura, para cada variante, una sorpresa, en forma de celada o novedad teórica. Y no era tarea, ni fácil, ni breve. Daba por sentado que los diez jugadores más fuertes del club conocerían las celadas típicas de sus líneas preferidas, y tuve que sumergirme en libros y bases de datos antiguas, rescatando movimientos y trampas en desuso, probablemente inferiores, pero tan trasnochadas que quizás no las recordasen mis “diez elegidos”. Lo logré. Después de seis duros meses de profunda preparación, en los que apenas visité el club, pude elaborar una base de datos de más de ochenta variantes “dudosas”, pero probablemente imprevisibles. No buscaba buenas jugadas, sino inesperadas. No quería ortodoxia, sino excepciones. No eran exactamente errores, pero sí propuestas difíciles de refutar sobre el tablero, aunque su valoración ajedrecística, desde un punto de vista objetivo, fuera de *dudosa*: ?! Iba a jugar con fuego, porque mis adversarios no eran precisamente inexpertos, pero no me quemaría, estaba seguro, porque yo llevaba los gruesos guantes de mi esforzada preparación.

Y así, seleccioné, estudié y memoricé una ingente cantidad de material, dispuesto a arrojarles una auténtica bomba en el movimiento diez, siete o trece, según el caso y el oponente. De ahí no pasaba. Ni estrategia, ni planes, ni táctica, ni finales. No estaba aprendiendo a jugar al ajedrez en mayúsculas. Sólo me estaba preparando para jugar una arriesgada apertura con Racskovic, Troilowsky, Vorovic, Salman, Beria, etc. Sólo me estaba preparando para jugar contra diez monstruos. Y cada uno de esos diez minotauros iba a encontrarse con un Teseo diferente y, por supuesto,.... inesperado.

Cuando finalmente estuve preparado, decidí probar mi arsenal, y volví al club para testear la validez de mis “sorpresas”. Jugué las aperturas que ellos esperaban, sólo para comprobar cómo mis futuras víctimas avanzaban hacia el matadero de mis celadas, pero sin activar la trampa. Si la sorpresa acontecía en el movimiento ocho, jugaba hasta el siete, y después continuaba por los caminos trillados

de la teoría. En ocasiones, me soliviantaba el ánimo alguna imprevista respuesta o alguna divergencia en mis previsiones, pero, al margen de tomar buena nota mental, posteriormente comprobaba que podría trasponerse a la línea prevista, simplemente variando el orden de las jugadas hasta llegar al detonante de la trampa. Aquel intenso periodo de dos semanas validando mis previsiones, me hizo albergar esperanzas de triunfo. Sabía que no era fácil, que mis rivales eran claramente superiores, pero todo se estaba desarrollando según mi infalible plan. El factor sorpresa. Mi única posibilidad. Mi único aliado. Ahora sólo quedaba esperar la oportunidad idónea para concluir mi deseada vendetta. Y la oportunidad, como todo en la vida, finalmente llegó: el torneo social del club.

El torneo social era una cita ineludible en el calendario de cualquier jugador del club, y en esta ocasión se celebraba el vigésimo aniversario de su fundación, por lo que, a diferencia de otras ediciones, este año los premios no se limitaban al consabido trofeo ornamental, sino que se acompañaba de una golosa recompensa monetaria a expensas de las arcas municipales. Eso no me interesaba demasiado, porque yo sólo quería reparar mi dignidad herida, pero significaba, sin duda, que la lucha sería cruenta, y que no faltaría ninguno de los mejores. Sin embargo, para mí era la ocasión perfecta, por dos motivos. El primero de índole psicológica: yo nunca figuraría entre los favoritos, dado que perdía con relativa frecuencia en partidas amistosas, y ello supondría que mis rivales jugarían contra mí muy confiados. El segundo motivo, todavía más decisivo, tenía que ver con el sistema de competición. Al tratarse de un torneo muy numeroso (más de sesenta participantes), la organización decidió modificar el tradicional sistema suizo por el sistema de eliminatorias directa (coincidió exactamente sesenta y cuatro participantes, ¡el número perfecto!), a partida única con sorteo de colores. Y, puesto que se pretendía jugar en jornada única, el domingo nueve de diciembre, fecha del aniversario, se redujo el tiempo de juego a veinticinco minutos hasta caída de bandera, sin incrementos. Dijeron que las eliminatorias aumentaban la expectación, y favorecían el espectáculo. Perfecto. Me interesaba que el ritmo fuera rápido, porque las premuras de tiempo dificultan las refutaciones de jugadas dudosas. Si mi rival disponía de mucho tiempo, mis sorpresas podrían ser correctamente contestadas con mayor facilidad. En definitiva, era el torneo perfecto.

Ahora o nunca, me dije. Había llegado el momento de la venganza. Sólo cabía esperar fortuna en el primer emparejamiento y una óptima ubicación en el cuadro del torneo que me permitiera enfrentarme a mis rivales “más estudiados”. Tuve suerte. Esta vez sí influyó la suerte. Después del sorteo inicial quedé enmarcado en la parte inferior del cuadro, y pude prever, tras un detenido estudio y un sencillo cálculo de probabilidades, que me cruzaría con cuatro de mis “diez elegidos”. Siempre y cuando, la lógica se cumpliera. Eso significaba que al menos debía vencer a dos adversarios no

“analizados”. Y, desde luego, esperar salir airoso de estos dos enfrentamientos (eliminación directa) y no recibir, a mi vez, “sorpresas” de mis elegidos, era un sumatorio de contingencias quizás excesivo. Así que, probablemente, tuve suerte. Lo reconozco. No se llega a una final sin algo de suerte o gran habilidad. Yo no poseía lo segundo, por lo que supongo que tuve mucho de lo primero.

Y comenzó el torneo. La primera ronda fue mucho más fácil de lo imaginado, porque mi adversario, Igor Troilowsky, cayó en mi astuta celada en la siciliana Scheveningen, sin oponer ni siquiera la mínima resistencia que mis cálculos le suponían. Era una celada bastante antigua, cierto, pero imaginé que su resistencia sería mucho más tenaz. No fue así. Gané una pieza y dos peones tras la argucia, cuando sólo debí arañarle los dos infantes. No me hizo sufrir. Abandonó rápidamente.

En la segunda ronda me enfrenté a uno de mis “espontáneos”. No era uno de los elegidos, y sólo los apuros de tiempo de mi rival evitaron que demoliera mi rocosa defensa berlinesa al omitir un sacrificio ganador en h7, que, sin duda, le habría dado el pase a la siguiente fase. Afortunadamente, no lo vio, y pude rechazar el ataque con peón de ventaja que pude valorizar en un apretado final.

En la tercera ronda me enfrenté a Madsen con blancas. Uno de los favoritos, y uno de los mejores en mi particular Top Ten. La preparación con Madsen, sin embargo, fue unidireccional: Winawer. No jugaba otra cosa contra e4, así que mi plan era simple: jugar 1. e4, y buscar una sorpresa en la defensa francesa, variante Winawer. Era un fortísimo jugador, muy superior a mí en ranking, calidad táctica y experiencia, y ninguna de las celadas de la francesa (por muy remota que pudiera resultar) le resultaría desconocida. No. Una sorpresa. Eso necesitaba. Mi plan con Madsen era diferente. No podía jugar a ganar. ¡Jugaría a que se comiese el reloj! Era un jugador reflexivo que cometía pocos errores porque jamás se precipitaba, y rara vez jugaba de forma maquina. Hasta que no estaba completamente seguro de haber encontrado la respuesta correcta, Madsen no movía. Sin duda reflexionaría varios minutos con mi sorpresita. Estaba seguro. No me decepcionó.

1.e4 e6 2.d4 d5 3.Cc3 Ab4 4.e5 c5 5.a3 Axc3+ 6.bxc3 Ce7 7.Dg4 cxd4 8.Dxg7 Tg8 9.Dxh7 Dc7

Hasta aquí, todo conocido, y en consecuencia, Madsen jugó casi al toque, probablemente sonriendo interiormente y pensando que su inexperto rival estaba jugando, osadamente, su apertura preferida.

10.Rd1!! Bombazo. Madsen frunció el ceño y se sumió en una profunda reflexión de casi diez minutos. Quizás no hubiese identificado la inusual y ya desechada línea Paoli. O tal vez estuviese intentando recordar la continuación o el plan correcto en esta variante.

10... Cbc6 11.Cf3 dxc3 12.h4 Db6 13.Ae3 d4 14.Ag5 Ad7 15.Ad3 0-0-0 16.Re2!

Un pipiolo como yo desafiando al experimentado jugador y atreviéndose a dejar a su rey en el centro. La cara de Madsen era un auténtico poema.

16... Dc5 17.Thb1 a6 18.De4 Tde8 19.g3 Cd5 20.h5 Th8? 21.g4 Cb6? Madsen se desespera y no aguanta la presión. En mi cabeza fluyen las ramas del árbol de variantes. Madsen calculaba fatigosamente. Yo, recordaba plácidamente.

22.Af6 Thg8 23.h6 Cd5 24.Ag7 Txxg7 25.hxxg7 Tg8 26.Th1 Txxg7 27.Th8+ Rc7 28.Tb1 Ca5? Más errores, ahora muy apurado de tiempo. Madsen debió asombrarse de la corrección de mis movimientos. Y de que los encontrara con tanta celeridad. Yo, me congratulaba por mi memoria y daba por bien empleadas todas las fatigosas horas de preparación.

29.Cxd4 Cb6 30.Tb4 Aa4? 31.Df4 De7 32.Df6 1-0 Madsen no puede más y se rinde desesperado.

Victoria inesperada para todos. Un favorito había caído en octavos. Inesperada para todos, menos para mí. Todo había salido a pedir de boca. Perfecto. Madsen no se lo explicaba. Yo ya estaba en cuartos de final. Y sólo quedábamos ocho.

En la cuarta ronda tuve la única suerte que existe en el ajedrez: la suerte de que tu rival se equivoque. Me dejé apabullar. Era uno de los "espontáneos", de los que no tenía estudiados, y a esas alturas del torneo, no puedes pretender encontrarte con un rival flojo. Afortunadamente mi rival entró en una variante de mi escandinava preferida, que me era familiar. Ello me permitió ahorrar bastante tiempo, y su error, probablemente no lo hubiera cometido en una partida de ritmo clásico. No encuentro otra explicación a ese mate en dos que me regaló, después de tenerme, literalmente, machacado.

1.e4 d5 2.exd5 Cf6 3.Ab5+ Ad7 4.Ae2 Cxd5 5.d4 e6 6.Cf3 Ad6 7.Ag5 f6 8.Ad2 Cf4 9.Axf4 Axf4 10.c4 Cc6 11.0-0 0-0 12.Cc3 Ce7 13.Db3 13...c6? 14.Tad1 Db6 15.Dc2 Ae8? 16.Ca4! Dc7 17.Cc5 Af7 18.De4 f5?

... grave error estratégico, debilitando e6 definitivamente.

19.Dc2 Cg6 20.Tfe1 Tad8?! 21.Af1 e5 22.Dxf5 23.Dg4 Axf3! 24.gxf3 24...Da5?+-

¿para qué? Se especula con el ataque a la torre de e1, pero es inútil.

25.Ce6 Ad2? Un error tras otro. Ahora se piensa en amenazar la dama ubicando la torre en f4. Absurdo.

26.Cxd8 Txd8 ahí está el motivo. No se puede tomar de dama, y amenazar directamente no sirve por el jaque intermedio en e6.

27.Te4 Af4 28.a3 Dc7 29.De6+ Rf8 30.d5 Td6 31.Dh3 De7 32.Dc8 Rf7 33.Ah3 Ch4! agónica pero acertada defensa.

34.Ae6+?! Rg6 35.Ag4 h5?! pretencioso. 36.Tde1? las blancas pierden el norte. Podían capturar sin problemas...

36...hxg4 a partir de aquí, muchos errores de ambos, por apuros de tiempo. 37.Txf4 Cxf3+ 38.Rf1 Cxe1 39.Tf8? Tf6? 40.Dxg4+ Rh7 41.Dh5+ Th6 42.Df5+ Tg6 43.Rxe1 cxd5 44.cxd5 Dc5! 45.Dh3+ Th6 46.Dd3+ Tg6 47.Tf3 Dc1+ 48.Re2 Dxb2+ 49.Rd1 Da1+ 50.Rd2 Da2+?? 51.Re3 e4!! muy bien, abriendo líneas para buscar el perpetuo. 52.Rxe4 Db2 53.Dc3 De2+ 54.Rf5? 54...Tf6+ 55.Rg4 De4+ 56.Rg3 y a continuación, mi rival abandonó al percatarse del regalo que me había hecho: un mate en dos con ... 56...Tg6+ 57.Rh3 Dg4#

¡Fantástico! Sólo quedábamos cuatro. Semifinales. Mi siguiente escollo: Piotr Beria, el tricampeón. Había vencido en tres de los últimos cinco campeonatos. Él y Yuri Tarasov, eran los mayores candidatos al triunfo. Tarasov jugaría la otra semifinal. Pero, en ese momento, sólo me interesaba Beria.

Era el principal candidato al triunfo final, y él mismo estaba absolutamente convencido de ello. No le faltaban motivos. Su trayectoria en esa temporada era espectacular: segundo clasificado en el fuerte torneo amateur de Smolenks, campeón en primera categoría del campeonato Individual y, hasta la fecha, ninguna derrota en el primer tablero del club en el campeonato por equipos. Fabuloso.

Mi preparación para enfrentarme a Beria fue, sin duda, la más laboriosa. Jugaba gran número de aperturas, y ello significaba que sería difícil dirigirlo hacia una trampa, porque abarcaba gran número de posibles respuestas a mis primeras jugadas. Se defendía con siciliana (cuatro líneas bien estudiadas), Caro-Kan, Pirc, India de rey y Nimzoindia. Y atacaba con casi todo, siendo un especialista consumado en la Española y el ataque Samisch en la India de rey. Y la profundidad de sus líneas era excesiva: hasta veinte movimientos, en algunas variantes, con todas las posibles ramas cubiertas. Las celadas eran muy improbables. No. Con Beria no lo iba a tener fácil. Así que decidí atacar su único punto débil: su vanidad.

Piotr Beria era famoso en el club por un hecho acontecido dos años atrás. Había logrado tablas en una simultánea contra el GM Ponomarev. Este hecho, inusual entre los aficionados, pero no único, no habría llamado la atención de no ser por la forma en que se produjo: consiguió un jaque perpetuo después de sacrificar en h7 un alfil. Esto no tiene nada de particular, considerando que el sacrificio

en h7 es tan temático (sacrificio “griego o calabrés”) como común en decenas de aperturas (española, francesa, italiana, gambito de dama...). Pero hacérselo a todo un campeón del mundo con éxito, eso ya son palabras mayores. Así pues, Piotr Beria era una leyenda en el club, y él mismo había convertido ese sacrificio de alfil en un hito histórico, hasta el punto de bautizarlo como “el sacrificio Beria”. Desde entonces, cuando un jugador del club sacrificaba el alfil en h7 para lograr tablas por perpetuo, se le llamaba, el sacrificio Beria. Posteriormente, se generalizó a cualquier sacrificio de alfil sobre cualquier peón del enroque, y no es necesario indicar que quien más orgullo sentía por ello era, lógicamente, el propio Beria. Habitualmente era un jugador de corte estratégico, pero desde aquella simultánea con Ponomarev, su juego se hizo más agresivo, y no disimulaba su interés (¿obsesión?) por sacrificar sus alfiles, en busca de emular nuevamente la actuación más formidable de su carrera. Lo conseguía con relativa frecuencia contra rivales débiles, pero es justo reconocerle que su vanidad no le nubló el objetivo juicio ajedrecístico que debe regir el pensamiento del jugador, y siempre fue ecuánime en sus decisiones, sobre todo en partidas de alto rango. Pese a ello, decidí explotar esta “debilidad”. Su afán de notoriedad y su búsqueda incansable del sacrificio de alfil, era lo único que tenía para atacarle,..., desde un punto de vista puramente psicológico. Pero, ¿cómo?

Una cosa era tender una trampa prevista en una línea de apertura concreta, y otra muy distinta augurar positivamente un sacrificio del rival. Tendría que presentarle una posición que le convenciese de la idoneidad del sacrificio, pero que fuese erróneo. Y debía buscar algo más tangible que una simple idea abstracta. Y lo encontré. Por casualidad, como suele ocurrir en estos casos.

Cierta tarde, en mi fase de “espionaje” de las partidas de mis diez elegidos, acerté a escuchar una conversación referida a una variante de moda, que reportaba un gran ataque al blanco a cambio de un sacrificio en h7 con ataque casi imparable. Y que, como no podía ser de otra forma, había despertado la curiosidad de Beria y había incorporado esa variante a su repertorio. Aquella noche, al llegar a casa, me sumergí en las bases de datos federativas de internet y busqué las partidas de Beria jugadas con blancas en esa variante. Efectivamente. Había sacrificio de alfil en h7. Era perfecta para él. Y para mí. Sonreí al imaginarme la cara alborozada de Beria cuando le preparase una posición que su vanidad no podría rechazar. Y me sumergí en el análisis de las ramificaciones de la trampa. Lo conseguí. El único requisito es que ese día quisiera jugar 1. d4, y no tuviera en mente abrir con el peón rey. Así fue.

Fue una partida tremendamente intensa, y la única, (pese a considerar algo indigno la trampa a la que empujé a mi rival), de la que estoy medianamente orgulloso.

1.d4 Cf6 2.Cf3 g6 3.Af4 Ag7 4.e3 c5 5.Ad3 d5 6.c3 c4 7.Ac2 Ag4 Parece forzar a una simplificación favorable al blanco.

8.Cbd2 0-0 9.h3 Axf3 10.Cxf3 Cc6 11.h4 Esta es la idea de ataque de la variante. Beria sabía los riesgos que corría, a cambio de su ofensiva.

11...e6?! Todo se desarrolla según lo previsto. 12.h5! Cxh5 13.Txh5!! Esto ya lo había jugado en más ocasiones, así que yo debí ser el único no sorprendido.

13...gxh5 14.Axh7+!! Ya está. Esto sí que lo esperaban todos, claro, el sacrificio Beria, y sobre todo, yo. Lo deseaba. Toda la trampa dependía de esta jugada. Lo cierto es que es una jugada objetivamente mala, pero todos, y sobre todo Beria, debieron confiar en tres cosas: su habilidad táctica, la dificultad de defenderse contra el reloj de un demoledor ataque, y el efecto psicológico que este tipo de sacrificios suele causar en los rivales, y más considerando que todos me consideraban un adversario flojo y timorato.

14...Rxh7 15.Cg5+ Rg6!! Curiosamente esto es lo que no esperaba ni Beria, ni nadie. Y sin embargo, ¡es la única jugada correcta! Pero, ¿quién iba a pensar que este "novato" se iba a atrever a colocar en tercera fila a su rey ante el demoledor ataque blanco? No sé si les sorprendió más la jugada o la frialdad y celeridad con que la jugué. [15...Rg8?? 16.Dxh5 y las negras pierden]

16.Dc2+ Después de mucho calibrar la continuación, Beria se dio cuenta que ni el caballo ni el alfil eran efectivos, y que al estar defendido el peón h del negro, la dama no tiene fácil acceso. Y sin su participación, el ataque fracasa. Por eso le busca acomodo en la diagonal b1 - h7.

16...Rf6!! Mi rey se escapa. A estas alturas Beria ya sabía que había caído en una trampa, y la velocidad de mis movimientos me delataba. Yo no dudaba. Él, tenía la frente perlada de sudor.

17.Ch7+ Re7 18.Cxf8 Rxf8 19.0-0-0 h4 Todo se ha acabado para Beria, aunque intenta luchar hasta el final. Para mí, curiosamente, comienza la batalla real. Mi preparación llegaba hasta ahí, y ahora tenía que demostrar que ni siquiera Beria podía neutralizar mi ventaja de una pieza.

20.Tg1 Re8 21.Dh7 Df6 22.g3 hxg3 23.Txg3 Af8 24.Tg8 Beria lo intenta todo. Ahora soy yo el que comienza a sudar.

24...Rd7 25.Ah6 Dxf2!! Esto no estaba preparado. Lo vi en el tablero. Creo que casi fue mi única jugada de auténtico ajedrez en todo el torneo.

26.Axf8 [Beria es bueno, y ya ha caído en una trampa, como para sucumbir en otra ... 26.Txf8? Dg1+ 27.Rc2 Dg2+ 28.Rc1 Dh1+ 29.Rc2 Txf8]

26...Ce7 27.Axe7 Txe8 28.Dxe8 De1+ 29.Rc2 De2+ 30.Rc1 Dxe3+ 31.Rd1 Rxe7
Probablemente, con otro rival de más nombre, a estas alturas Beria hubiera abandonado, pero era yo, un advenedizo.

32.Dc8 Dd3+ 33.Rc1 Df1+ 34.Rd2 Df2+ 35.Rc1 Df4+ 36.Rd1 Df3+ 37.Rd2 b5
38.Db7+ Rf6 39.Dxa7 Dd3+ Comencé a ponerme nervioso, porque aunque sabía de mi ventaja, veía con preocupación avanzar mi reloj, mientras que Beria, jugador avezado, estaba jugando casi al toque.

40.Rc1 De3+ 41.Rc2 b4 Ahora o nunca. El tiempo corre. 42.cxb4 De2+ 43.Rc1 Rg6
44.b5 De3+ 45.Rd1 Df2 46.a4? Jugada muy precipitada. Beria, en su valoración de la posición, exageró sus posibilidades al avanzar los peones a y b.

46...Dxb2 47.b6 c3 48.Re1 Dd2+ 49.Rf1 c2 y Beria se rindió al comprender lo inútil de su resistencia. 1-0

Había llegado a la final. Había derrotado a jugadores mucho mejores y más experimentados que yo. Había demostrado la validez de mi preparación casera. No me dolían todas las horas de estudio, todas las partidas de “espionaje” perdidas, todas las variantes de mis diez elegidos que no llegué a jugar, todo el esfuerzo de memorización. Había vencido a aquellos que siempre me despreciaron, y me había ganado su respeto, aunque no tuviesen suficiente hombría para reconocerlo públicamente.

Sólo quedaba un obstáculo. Tarasov. Todos estos pensamientos me asaltaban tras vencer a Beria, pero en mi mente resonaba una idea: Gambito Schara-Hennig. En esta variante de la defensa Tarrasch le esperaba una astuta trampa a Tarasov. Una celada con entrega de pieza por dos peones que nadie podría rechazar. Mi última humorada antes de alzar el trofeo de campeón. Y me alegraba enormemente haber llegado a la final con él, porque la preparación contra Tarasov fue la más difícil y la menos ajedrecística de todas. Fue un episodio tan, tan, tan..., de película, que si no me hubiese enfrentado con él, hubiese considerado un verdadero desperdicio todos mis esfuerzos. Fue la obra de arte del espionaje ajedrecístico.

Yuri Tarasov, no sólo era un fortísimo jugador aficionado, sino también un anacronismo viviente en los tiempos de anarquía moral y orfandad de valores reinantes. Verlo actuar, jugar, hablar, su pose, su estilo, su figura, su silencio, su mesura, todo en él recordaba a los personajes decimonónicos del entorno de Caissa al estilo de Chigorin, Philidor, Staunton, Steinitz o Lasker. Y su luenga barba, su arcaicas lentes y sus clásicos ropajes, eterna pajarita incluida, todavía le envolvían con mayor fuerza en un aura de mística incorporeidad que te hacían pensar en un fantasma del pasado. Pero si su apariencia era evocadora, su estilo de juego no le iba a la zaga, y no en balde era conocido en el mundillo como “el doctor Tarrasch”. Rígido, dogmático

y lógico, su credo ajedrecístico era de una ortodoxia mayúscula, y cualquier jugada aventurera, cualquier trasgresión de las normas lógicas de Caissa (su personal decálogo, o como algunos irónicamente llamaban, “los diez mandamientos de Tarrasch”) la repudiaba con presteza y violencia (ajedrecística, se entiende). Y sin embargo, era un sujeto impasible, silencioso, educado y tranquilo, que jamás se alteraba por nada, capaz de abstraerse de cuanto lo rodeaba, y que jamás reflejaba en su rostro otra expresión que no fuera la máxima concentración en la batalla ajedrecística. Y a este témpano de hielo era muy difícil, si no imposible, hacerle caer en una trampa, agobiarlo con apuros de tiempo, o provocarlo a cometer errores espoleando su vanidad. Carecía de estas humanas debilidades, y lo único que yo sabía sobre él, es que casi siempre ganaba. No era un táctico imaginativo, pero su capacidad estratégica, sus recursos defensivos y su maestría en los finales lo convertían en un rival rocoso, casi imposible de batir en la lucha posicional. Y ,aunque no se podía decir de él que fuese un experto teórico en aperturas, tampoco en este aspecto era débil. De hecho, era un experto en el gambito de dama con blancas y con negras, y en la defensa Caro-Kan con negras. Su repertorio era muy limitado. Sólo conocía una defensa ante 1. e4, y otra ante 1.d4, pero, ¡ahí me dolía!, las conocía al dedillo. ¿Se le podía cazar en un fallo de planteo? No. Nadie lo había hecho desde hacía muchos años. Para vencerle, había que arriesgar, sacrificar material y encontrar una combinación ganadora en el medio juego. Es lo que tuvo que hacer Beria en sus últimos enfrentamientos. Y yo, ni era Beria, ni estaba preparado para eso. Sólo sabía algo seguro de Tarasov: era el jugador más dogmático del planeta, y creía en verdades “absolutas”. Por eso, precisamente era famoso, y le llamaban burlescamente, doctor Tarrasch. Creía a pie juntillas en jugadas únicas. Y jamás aceptaba posibilidades alternativas: para él, siempre había una jugada perfecta en cada posición. Sólo una. Si pudiera meterme dentro de su cerebro sabría qué jugada considera la correcta en alguna línea concreta de apertura y podría prepararle una trampa, pensaba yo. El problema era saber cuál.

Llegó a mis oídos que Tarasov se enorgullecía de poseer una modesta y reducida biblioteca ajedrecística en su domicilio, a la que tenía gran aprecio. Un conocido del club comentó que en una ocasión Tarasov le mostró su librería particular, y que la pretendida colección no abarcaba más allá de media docena de monográficos de aperturas, con bastantes años de antigüedad, y otros tantos volúmenes de estrategia general, si cabe, más viejos aún. Pero, según mi interlocutor, Tarasov veneraba las “verdades” contenidas en sus vetustos libros, sin importarle su falta de modernidad. Esos textos eran el cerebro de Tarasov. Su base de datos particular. Era lo que yo necesitaba conocer. Eran sus “verdades”. Y comencé a urdir el más enrevesado y ruin plan de espionaje que jamás haya ideado un ajedrecista. Que los hechos que narro a continuación son presuntamente delictivos, maestros de la ley habrá que lo sentencien,

sin duda. Que son deleznable, e impropios de un deportista, me consta. Y me avergüenzo por ello.

Debo reconocer que mi plan era fantasioso y pueril, y que las posibilidades de llevarlo a cabo eran casi inexistentes. Pero funcionó.

Cierta tarde, en una de mis múltiples sesiones de ajedrez vespertino en el club, Tarasov extravió sus gafas, olvidándolas sobre la vitrina donde se guardan los relojes biesféricos de competición. Quiso la fortuna que fuese yo quien acertara a localizarlas, y, mientras contemplaba el objeto encontrado sopesando si devolverlas de forma inmediata o no, vi el esbozo de mi plan tan claro, que no dudé en guardarlas rápidamente en mi bolsillo. La excusa. Ya la tenía.

Al día siguiente, y tras unas simples y necesarias averiguaciones, aguardé al otro lado de la calle del domicilio de Tarasov. Cuando salió puntualmente a su cita diaria con Caissa, aguardé unos quince minutos mientras lo observaba alejarse, antes de encaminarme hacia su casa.

Llamé al timbre con un nudo en la garganta. De mi convincente actuación ante la esposa de Tarasov dependía el éxito de mi plan. Al abrirme la puerta e inquirir qué deseaba, me presenté como un compañero de su marido que me había tomado la libertad de pasarme por su casa con el objeto de devolverle sus extraviadas gafas que, casualmente, había encontrado en el club. El pretexto era convincente, porque seguramente Tarasov hubiera comentado a su mujer que creía haberlas perdido en el club. La buena mujer agradeció sinceramente mis esfuerzos y me aseguró que informaría a su marido de mi noble gesto. “¿Cómo ha dicho que se llamaba?” No lo había dicho, pero era absurdo mentir, y se lo dije. Cuando estaba a punto de despedirme, en un simulado ademán de contrariedad le pregunté si tenía inconveniente en permitirme utilizar su cuarto de baño. Amablemente me franqueó la entrada, indicándome la ubicación del servicio. Al pasar al interior de la vivienda pude percibir de soslayo la entreabierta puerta de la biblioteca, y allí, pude vislumbrar la estantería de mis anhelos, repleta de libros. No fue necesario utilizar la burda excusa que tenía preparada para acceder a la biblioteca. De nuevo la diosa Fortuna me sonrió, porque en ese mismo instante sonó el teléfono y mi anfitriona se alejó, tras la pertinente disculpa, a una dependencia interior. Yo, simulé encaminarme hacia el baño, pero, en cuanto la perdí de vista, varié mi rumbo introduciéndome rápidamente en la biblioteca. Aquello era un “zeinot escénico” porque en cualquier momento podría ver interrumpidos mis esfuerzos por el retorno de la buena señora. Rápidamente extraje mi teléfono móvil activando la función “cámara digital”, y retraté los lomos de todos los volúmenes de ajedrez. No me dio tiempo a contabilizarlos, pero calculé que no habría más de una docena. Me llamó la atención un título: “Tratado básico de aperturas”. Sabía que allí estaba la respuesta a mis desvelos. Sabía que Tarasov,

el dogmático, la cabeza más cuadrada del universo escaqueado, el hombre que creía a pie juntillas en la bondad de las normas prescritas, se regiría por el dictado de aquel texto. Allí estaba la solución. Si algo necesitaba saber de Tarasov, estaba en aquel libro que descansaba en mi temblorosa mano. Miré hacia la puerta. La esposa de Tarasov continuaba su conversación al teléfono, podía oír cómo platicaba con una amiga sobre no sé qué receta de cocina. Quizás tuviera tiempo. Cogí el tratado precipitadamente y, al abrirlo, en las páginas interiores descubrí un separador de cartón plastificado, marcando la página 125: “El Gambito de dama”. No era una sorpresa. Tarasov era un experto en esa apertura y, con blancas siempre la jugaba. Y siempre, para Tarasov, era siempre. Hasta en el lenguaje era dogmático. El texto estaba repleto de subrayados, anotaciones y asteriscos. Una fugaz idea cruzó mi mente, y presurosamente decidí fotografiar las páginas correspondientes a ese capítulo. Necesité nueve instantáneas. Nueve motivos de esperanza.

Mi atropellada salida del domicilio de Tarasov, no pareció levantar sospechas en su mujer, que me despidió agradeciendo nuevamente mi gesto y me aseguró que informaría a su marido de mi visita. Y, aunque ese día me cuidé muy mucho de personarme en el club, al día siguiente, el propio Tarasov me agradeció mis cuitas, sin sospechar ni por un momento (al menos, eso pensé entonces), la verdadera naturaleza de mis intenciones.

Adquirí en préstamo el “libro de Tarasov” de la biblioteca municipal. No me fiaba demasiado de la nitidez de las fotografías, aunque éstas mostraban el núcleo de mi interés: las valiosísimas anotaciones de Tarasov, y por ende, su pensamiento. En una de ellas descubrí que su autor tenía una fe ciega en una línea neutra de la defensa Tarrasch, que, según el estado actual de la teoría de aperturas, daba una ligera ventaja a las negras, y que quizás, ese empeñamiento en jugarla podría obrar en su contra.

Ayudado por un potente módulo de análisis informático, encontré una continuación forzada que parecía claramente favorable al negro en el gambito Schara-Henning. Si me fiaba de las anotaciones de Tarasov en su libro, sin duda caería en esa línea. ¡Lo tenía!

1.d4 d5 2.c4 e6 3.Cc3 c5 4.cxd5 cxd4 5.Da4+ Ad7 6.Dxd4 exd5 7.Dxd5 Cc6 8.Cf3 Cf6 9.Dd1 Ac5 10.e3 De7 11.h3?

Esto era lo anotado por Tarasov, y aunque no puede considerarse un error definitivo, en conjunción con la jugada 13 y 14, sí da una ventaja definitiva al negro.

11...0-0 12.Cg5 Tfd8 13.Ae2 h6 14.Cf3 Axf3

...y desde aquí esperaba poder hacer valer la evidente ventaja del negro. No era concluyente, lo sabía, pero, ¿acaso algo lo es en el ajedrez? ¿No hubiera firmado el comenzar la partida en esta posición? Ahora estaba seguro que era posible. Las anotaciones del libro de Tarasov así me lo confirmaban, Mi rival “entraría al trapo”. Seguro. Lo había escrito de su puño y letra. Y si algún jugador era fiel a sus creencias, a sus leyes, a sus normas, (y no digamos a sus anotaciones), ese era Tarasov, alias, el doctor Tarrasch.

Evidentemente, no albergaba duda alguna que Tarasov jugaría su predilecto gambito de dama, y allí estaría yo esperándole con el gambito Schara-Henning. Ni siquiera me planteé preparar defensa alguna contra 1. e4, o 1, Cf3. Con blancas, Tarasov sólo sabía jugar 1. d4. Mis indagaciones en la base de datos federativa, mostraban un resultado abrumador: cincuenta y cuatro partidas de Tarasov abriendo con 1. d4., y únicamente una saliendo con 1. e4, hacía ya más de quince años.

Sólo tenía un problema: ¿y si le correspondía jugar con negras? Sólo me quedaba por desear que en el sorteo de colores le tocasen las blancas. Si no, todo se iría al traste, porque no había podido encontrar nada contra su defensa Caro-Kan. Pero si él llevaba las blancas, seguro que querría jugar esa variante. De nuevo, fui elegido por la diosa Fortuna.

Puede el lector imaginar mi cantinela mental cuando, después de sentarme frente a mi oponente en la partida final, después de saber que me había correspondido dirigir las piezas negras, después del discurso final del árbitro principal deseándonos a ambos buena suerte, después de todo aquello, mi mente bullía en una secuencia preestablecida: “1.d4 d5 2.c4 e6 3.Cc3 c5 4.cxd5 cxd4 5.Da4+ Ad7 6.Dxd4 exd5 7.Dxd5 Cc6 8.Cf3 Cf6 9.Dd1 Ac5 10.e3 De7 11.h3?”

Iba a conseguirlo. Había llegado el momento de mi venganza. Iba a ganar el torneo y recuperar mi autoestima humillando a la élite del club. Les había golpeado en sus miserias y debilidades. Había desnudado sus vergüenzas apelando a su obsesión por calcularlo todo, a su vanidad, a su prepotencia y exceso de confianza, y ahora, a la creencia en la infalibilidad de unas estúpidas y rígidas normas. Todos esos intocables, todos esos “maestros”, había perdido de vista un hecho irrefutable: el ajedrez, al margen de la técnica, el cálculo o el estudio, es, ante todo, lucha psicológica. Y en eso yo era el maestro, y ahora iba a darle la última lección a Tarasov.

El árbitro dijo: podéis comenzar. Y entonces detonó la bomba.

¡Inaudito!

YURI TARASOV

Soy el campeón. He vencido. Debería expresar mi alegría de alguna forma especial, considerando que, además del prestigio, el reconocimiento público y el prurito personal de la victoria arduamente lograda, he ganado cinco mil rublos de premio. Y sin embargo, mis pensamientos deambulan por lo acaecido ayer. Hoy, en la intensa jornada del torneo Social, tan esperado, tan importante, tan decisivo, he vencido en todas mis partidas, incluida la sorprendente final, y sin embargo, no puedo dejar de pensar en las que jugué ayer. El recuerdo de Zelnic me obsesiona.

Tengo por costumbre, la víspera de los torneos importantes, no acudir al club. Creo que el estado mental es tan influyente o más en el resultado final, que la práctica masiva o el estudio exagerado. Es más importante llegar a un torneo descansado y relajado, que con la cabeza llena de variantes y cálculos bullendo en tu cerebro. Por eso me alejo voluntariamente del ajedrez, para tener “hambre de ajedrez”, cuando es realmente necesario.

Era la tarde del sábado ocho de diciembre, cuando, paseando por el parque, decidí entrar a tomar un café en un conocido establecimiento cercano. No sé si fue el destino o el maligno (el tiempo lo dirá), pero al entrar, inmediatamente algo reclamó mi atención. Los lugareños, generalmente distribuidos homogéneamente por todo el local, se apiñaban en torno a una única mesa, donde dos contendientes jugaban una partida (no hay que indicar de qué, supongo).

Mi primer impulso fue alejarme de ellos. ¿No era ese mi objetivo? Pero me llamó la atención que el centro de atención de los parroquianos fuese uno de los jugadores, un individuo a primera vista repulsivo, maloliente y desaseado, que acaparaba todas las miradas. Parecía no percatarse de las presencias ajenas, cada vez más numerosas, ni los alaridos de júbilos de los mirones ante sus sorprendentemente veloces jugadas. No quería curiosear, pero pronto observé que el harapiento vagabundo mantenía su posición en la silla, mientras su rival iba cambiando a cada nueva partida, todos derrotados y humillados. Parecía un “todos contra el indigente” (pues esa era su pinta). Mi curiosidad pudo más que mi templanza.

Jugaba rápido, seguro y,..., raro. Nada ortodoxo, parecía despreciar las más fundamentales normas del buen dirigir, sin importarle adquirir debilidades manifiestas que sus oponentes, pobres diablos advenedizos del juego rey, apenas acertaban a percibir, y mucho menos a castigar. El vagabundo se estaba convirtiendo en un héroe a base de burdas trampas, de jugadas extrañas, probablemente incorrectas, y parecía desafiar orgulloso el

más estricto sentido de la corrección ajedrecística. Necesitaba una lección. Probablemente sería fácil y rápido, pensé, y no creí que debiera esforzarme demasiado, a juzgar por lo que había visto.

Cuando llegó mi turno (en realidad, algunos lugareños que sabían de mi afición, me empujaron hacia el asiento), el rostro impasible de mi adversario ni siquiera se dignó examinarme, ocupado como estaba en colocar las piezas en la posición inicial. “Te voy a dar una paliza, presuntuoso harapiento”, decía mi mirada, que no mi voz. Y comenzó, con esa primera partida, la sesión ajedrecística más extraña y reveladora de toda mi vida. Yo dirigía el ejército blanco, y me enfrenté con un planteo absolutamente inusual por parte de las huestes negras.

1.d4 b6 2.c4 Ab7 3.Cc3 e6 4.e4 Ab4 5.Ad3 f5 6.Dc2 Dh4 7.Cf3 Dh5 8.O-O Axc3 9.bxc3 Cf6 10.Te1 fxe4 11.Axe4 Axe4 12.Txe4 Cxe4 13.Dxe4 c6 14.Aa3 Ca6 15.Te1 Cc7 16.h3 Rd8 17.Ce5 Rc8 18.Ad6 Ce8 19.Aa3 Cf6 20.Df4 Te8 21.Dg3 g5 22.Ad6 Tg8 23.Aa3 g4 24.Cxg4 Cxg4 25.hxg4 Txg4 26.Df3 Dg6 27.Te2 Db1+ 28.Rh2 Tg6 29.Tb2 Th6+ 30.Rg3 Dh1 31.Df8+ Rb7 32.De7 Tg8+ 33.Rf3 Dxc2+ 34.Rf4 Tg4+ 35.Re3 Th3+ 36.Re2 Df3+ 37.Rd2 Dxf2+ 38.Rd1 Tg1# 0-1

Mate. El desheredado social me había dado mate con un apertura desconocida para mí, sin enrocar, sin hacer las jugadas “naturales”, y sin alterarse. Y ni siquiera se dignó mirar a su víctima tras su victoria. Había jugado con desparpajo, sin grandes reflexiones, sin precipitaciones, pero sin demora. Le rogué, esgrimiendo lo que me quedaba de dignidad, una revancha. Su gesto rebeló la perplejidad de lo inesperado, acostumbrado como estaría a cambiar de rival tras cada victoria. Dirigió una mirada inquisitiva al respetable, y supongo que nada le hizo pensar en la inconveniencia de otorgarme la revancha, porque nadie protestó. La segunda partida, en la que yo llevaba las negras fue todavía más extraña.

1.e4 e5 2.Cc3 Ac5 3.Ca4 Axf2+ 4.Rxf2 Dh4+ 5.Re3 Df4+ 6.Rd3 d5 7.Rc3 Dxe4 8.Rb3 Ca6 9.a3 Dxa4+ 10.Rxa4 Cc5+ 11.Rb4 a5+ 12.Rxc5 Ce7 13.Ab5+ Rd8 14.Ac6 b6+ 15.Rb5 Cxc6 16.Rxc6 Ab7+ 17.Rb5 [17.Rxb7 Rd7] 17...Aa6+ 18.Rc6 [18.Ra4 Ac4] 18...Ab7+ $\frac{1}{2}$ - $\frac{1}{2}$

¿Alguna vez me satisfizo entablar con mi oponente? Nunca. Y menos en aquella ocasión. Mi segunda petición de revancha no requirió de ningún examen visual. Por toda respuesta, mi rival dio la vuelta al tablero. A esas alturas, el gentío se arremolinaba junto a la mesa de juego y todos deseaban saber si su ídolo iba a caer o no.

El tercer juego, fue otra locura.

1.e4 d5 2.exd5 Cf6 3.d4 Cxd5 4.c4 Cb4 5.Da4+ C8c6 6.d5 [6.a3 Ca6 7.d5 Cc5 8.Db5 e5 9.dxc6 b6...] 6...b5!! 7.Dxb5 [7.cxb5 Cd4 8.Ca3 e5 9.dxe6 Cxe6] 7...Ad7 8.dxc6? [8.Ca3! Tb8 9.dxc6 Txb5 10.cxd7+ Dxd7 11.cxb5 Cd3+ 12.Axd3 Dxd3 13.Ce2 e5 14.Cb1+-] 8...Cc2+ 9.Rd1 Ag4+ 10.Rxc2 Dd1+ 11.Rc3 Dxc1+ 12.Rb3

Ad1+ 13.Rb4 Dxb2+?? [13...a5+ 14.Rc5 e5+ 15.Rd5 Df4 16.Db8+ Txb8 17.Cf3 Td8#] 14.Ra5 Dxa1 15.Ra6! Td8 16.Cf3 Dxa2+ 17.Rb7 a6 18.Cc3 Da1? 19.Cd5! Tb8+? 20.Rxb8 axb5 21.Cxc7+ Rd8 22.Ce6+ Re8 23.c7 fxe6 24.c8D+ Rf7 25.Ae2 g6 26.Txd1 Db2 27.Td2 Db1 28.cxb5 De4?? 29.Cg5+ 1-0

No me consoló el haberle vencido. Estaba perdiendo en la lucha psicológica. Me estaba contagiando de su juego errático y aventurero. No pude resistirme a la tentación de explicar a mi rival dónde se había equivocado (como tenía por costumbre en el club), corregirle su error en la jugada trece e indicarle... No pude proseguir. Mi silencioso adversario esgrime su dedo índice sobre la boca, símbolo inequívoco de solicitud de silencio, y me replica con una contundente aseveración: “el ajedrez es lucha, no razones”. Me dejó frío. No esperó mi respuesta. Nuevamente se dedicó a colocar las piezas, y de vuelta al tablero.

Observe el lector que me he abstenido de hacer cualquier comentario en las partidas. Francamente, no me siento autorizado para ello, después de lo ocurrido.

Cuarta partida. Ya nadie esperaba que yo cediese mi asiento a otro posible oponente. Era un duelo de voluntades aplaudido y consentido por la concurrencia.

1.d4 d5 2.Cf3 c5 3.c3 Cc6 4.Af4 Cf6 5.e3 Ag4 6.Cbd2 c4 7.Da4 e6 8.Ce5 Db6 9.b4 a6 10.Tb1 Ta7 11.Axc4 dxc4 12.Cdxc4 Dc7 13.Cxc6 Dxc6 14.b5 Dxcg2 15.b6+ Re7 16.Ad6+ Rd8 17.Ac7+ Re7 18.bxa7 Dxh1+ 19.Rd2 Ce4+ 20.Rc2 Dg2 21.De8+ Rf6 22.Ae5+ Rg6 23.Ag3 Cxg3 24.Ce5+ Rh5 25.Dxf7+ g6 26.Cxg4 Cf5 27.Dxe6 Rxcg4 28.a8D Dxf2+ 29.Rb3 Ag7 30.Dxb7 Rg5 31.e4 Ce3 32.Dbe7+ Rh6 33.Dh3+ 1-0

Nueva victoria del harapiento. Ni un gesto, ni una sonrisa. No intentó devolverme la moneda con ningún comentario o crítica a mi juego. Recompone las piezas, y de nuevo a la batalla.

1.e4 d5 2.exd5 Cf6 3.Cf3 Dxd5 4.Cc3 Dh5 5.d4 Ag4 6.Ae2 Cc6 7.0-0 0-0-0 8.h3 Axh3 9.gxh3 Dxh3 10.Ae3 g5 11.Cxg5 Tg8 12.Af3 Txd4 13.Ag2 Txg5 14.Axg5 Tg4 15.Dxcg4+ Dxcg4 16.Axf6 exf6 17.Tad1 Ce5 18.f3 Ac5+ 19.Rh2 Dh4+ 20.Ah3+ f5 21.Rg2 Dg5+ 22.Rh2 Df4+ 23.Rg2 Cg6 24.Td3 Ch4+ 25.Rh1 Dg3 26.Axf5+ Cxf5 27.Ce4 Dh3# 0-1

No sé si después de este cotejo me sentí más satisfecho de la victoria o más preocupado por el estilo de juego empleado. Yo no era así. Me estaba contagiando. ¿Un virus? No sé. Pero esta vez no se me ocurrió hacer ningún comentario.

Ahora le tocaba a mi rival.

1.e4 c5 2.b4 2...cxb4 3.Ab2 Cc6 4.d4 e6 5.Cf3 5...d5 6.e5 Cge7 7.a3 Cg6 8.axb4 Axb4+ 9.c3 Ae7 10.Ad3 Cf8. 11...a6 12.0-0 Cd7 13.Cb5?! 13...Tb8 14.Ca3 b5 15.Cc2 Cb6. 16.Ce3 16...Cc4 17.Ac1 C6a5 18.Dc2 18...h6 19.Te1 Dc7 20.g3!?

Cxe3 21.fxe3! Cc4 22.e4! 22...dxe4 23.Txe4!! Ab7 24.Tf4 g5 25.Txf7! Rxf7
26.Ag6+ Rg7? 27.Ah5!! Rf8?? 28.Dg6 Aa3?? 29.Axa3+ Cxa3 30.Cxg5!! hxg5
31.Tf1+ Re7 32.Tf7+ Rd8 33.Df6+ Rc8 34.Dxe6+!! Rd8 35.Df6+ 35...Rc8 36.Dxh8+
Dd8 37.Ag4# . 1-0

Soberbio. Si en la jugada veinte me sentí muy superior, en la jugada treinta y siete, o quizás en la veinticinco, me sentí un gusano. ¿Es eso el ajedrez? ¿La impredecibilidad? ¿O es cálculo y lógica?

Jugábamos partidas rápidas a 15 minutos, y como ninguno de los dos parecía cansarse de aquel intercambio de golpes, ahora victoria, ahora derrota, ahora ataco yo, ahora sacrificas tú, y contando con la complicidad del dueño del local, nos dieron las diez de la noche enfrascados en dirimir una contienda eterna, que, quizás, no tuviera solución definitiva en esta vida. Jugamos ocho o nueve partidas más, cuyas notaciones no alcanzo a recordar. Fueron casi seis horas de juego ininterrumpido, de juego brillante, de sacrificios, de entregas de piezas, de avances temerarios de peones, de debilitamientos voluntarios de enroques, de errores y bluffs, de novedades, de sorpresas, de celadas, de amagos y faroles, de inspiración y cálculo, destierro de rigideces y preceptos, y un elenco de rarezas en los planteos, desde la apertura Sokolski (1. b4), al gambito de ala en la siciliana (1. e4, c5. 2. b4), el legendario gambito Evans, el gambito de rey variante Allgaier, y hasta un ataque Halloween. Nadie que me conociese podía imaginarme jugar aquellas monstruosidades, y mucho menos me reconocería con el estilo de juego que desarrollé aquella tarde, quizás contagiado por la desbordante imaginación y la fantasía creativa de mi adversario. No siempre la innovación acababa con victoria del osado, pero, me sorprendí a mí mismo reconociendo que no me importaba. ¿A mí? ¿Al doctor Tarrasch no le importa la incorrección de la jugada? Algo se estaba gestando en mi interior, y mi conversación con el vagabundo, tras ser amablemente invitados a abandonar el local, todavía espoleó con mayor ímpetu esa metamorfosis.

Cuando le pregunté por sus orígenes ajedrecísticos contó una extraña historia de dos hermanos que malvivían por los cafés, jugando al ajedrez y apostando, de cómo uno de ellos, experto en la observación disimulada, estudiaba a sus rivales, se dejaba perder, hacía de “gancho” para desentrañar sus secretos, mientras el otro, en el momento de la verdad, cuando la apuesta era más alta, aprovechaba la experiencia de su hermano y la “información privilegiada”, y pulverizaba con celadas y tretas arteras las defensas de sus rivales, cuando no con la línea o continuación correcta, oportunamente consultada. Me contó una historia de fraudes ajedrecísticos, de una irrefrenable obsesión por conocer la forma y el estilo de juego de todos los posibles adversarios, de la implementación práctica de la teoría psicológica de Lasker (según la cuál hay que jugar las jugadas más desagradables para cada rival y no necesariamente las mejores), de un extraño sistema de

comunicación no verbal entre un jugador y el hermano situado entre el público gesticulando con las manos, de una mascarada inimaginable en un juego tan transparente como el ajedrez, y de cómo uno de ellos comprendió la inmoralidad del montaje y truncó su futuro de tramposo para dedicarse a disfrutar abiertamente de la fantasía ajedrecística, sin importarle en adelante, ni la ganancia crematística ni la victoria. Y me contó la fuerte discusión de los dos hermanos que acabaron disolviendo violentamente su sociedad. Habló largo y tendido sobre su descubrimiento del ajedrez, del verdadero ajedrez, que según él no residía en los libros, ni siquiera en la experiencia del jugador, sino en las posibilidades lúdicas del tablero y sus piezas. Dijo del ajedrez que era un océano incontenible de infinitas posibilidades, y que era un necio quien pensaba que las rígidas normas ajedrecísticas, cual dique o malecón, podían limitar o refrenar ese océano. Le pregunté si no se daba cuenta de que tanta improvisación podía ser contraproducente, y que las preparaciones de los planteos reportaban muchos más puntos que la fantasía incontrolada que ambos habíamos demostrado aquella tarde. Su respuesta fue contundente, sentida y sincera: “el arte es imprevisible, si no, no sería arte, y como decía un personaje de Irving, la vida es seria, pero el arte es diversión”. Me confesó que aborrecía las jugadas naturales, los rígidos planteamientos posicionales y la mecanización de las aperturas, y acabó diciéndome que no podía ni quería ver reducido ese maravilloso universo cognitivo que era el ajedrez a una mera aplicación mecánica de unas normas más o menos extendidas, más o menos fiscalizadas por modas pasajeras, o factores competitivos, o rígidos planteamientos sesgadores de la creatividad humana o axiomas incuestionables. Según él, sólo cuando dudamos, creamos. Pero, así perderás muchas partidas, le indiqué. Pero ganaré mucho ajedrez, me contestó.

Me despedí de él agradeciéndole sinceramente, no sólo sus partidas, su tiempo y su juego, sino también sus palabras. Y jamás olvidaré el nombre de aquél que me propinó la mayor lección ajedrecística de mi vida: Konstantin Zelnic.

IVAN RADJIA

No entiendo qué ha pasado. Soy el presidente del club. Durante diez años me he encargado de organizar el torneo social del mismo. Siempre, he de reconocerlo, ha sido un torneo menor, con importantes ausencias, porque no atraía. Este año, en nuestro vigésimo aniversario, había conseguido que el consistorio patrocinara el evento con un suculento premio que ningún fuerte jugador aficionado pudiera despreciar. Habíamos cambiado el sistema de competición para conseguir mayor interés, de forma que los jugadores eliminados estuvieran pendientes del resto de partidas. Habíamos logrado la atención de la prensa local, la presencia del Alcalde en la sala de juego durante toda la jornada, y, para colmo, un jugador inesperado había alcanzado la final contra todo pronóstico, venciendo contundentemente a los favoritos. Eso siempre aumenta el interés y la morbosidad de saber si las vacas sagradas pueden fracasar frente al impetuoso estilo de las estrellas emergentes. Lo teníamos todo para considerar este torneo como el mejor de los últimos años. ¿Qué ha pasado?

Dos voluntades enfrentadas. Los supervivientes el durísimo proceso de selección que ha supuesto este fuerte torneo. Han vencido a Basiukov y Ronia. Han vencido a Madsen, a Troilowsky y a Petroff. Han vencido incluso al fabuloso Beria. Son los mejores. El veterano juega con blancas. El joven, sorprendente finalista, dirige las piezas negras. Se prevé una lucha larga e intensa. Hay mucho en juego. ¿Veremos una partida táctica, o largas maniobras posicionales? ¿Llegaremos a un final, o el medio juego decidirá? ¿Cometerá algún contendiente un error irreparable? ¿Qué variante defensiva elegirán las negras? Pronto lo sabremos.

Las blancas realizan su primer movimiento.

Su adversario observa el peón avanzado. Lo estudia detenidamente. El rostro del conductor de las negras se ensombrece. Incredulidad. Desesperación. Y diez minutos más tarde, ahogando una lágrima furtiva, abate su propio monarca sobre el tablero.

La lucha ha terminado, casi sin empezar, y el jugador de las piezas negras pierde su mirada sobre el infinito, incapaz de comprender que la mano que le tienden es un gesto amistoso absolutamente inocente. No ve nada, ni a nadie. Llora.

Y sobre el panel mural ubicado en el paramento posterior, donde se reproduce la partida para el cómodo visionado del público, junto con el rey negro abatido, sólo un infante blanco, con su avance, desafía la geométrica estética de la posición inicial:

1. b3!!